

IX

»Serían las seis de la tarde cuando el caballero y su esposa fueron á sentarse en el balcón. Beatriz parecía estar cohibida; el caballero estaba triste. Ambos guardaron silencio por espacio de algunos segundos, y sus ojos se fijaron instintivamente en el sitio donde pareciera el caballero el día de su duelo con Gerardo. En aquel lugar se veía el mismo punto. Beatriz se estremeció, el caballero lanzó un suspiró. Aquella impresión que á un tiempo hería sus almas, los condujo mutuamente uno á otro, y sus pupilas se encontraron. Los ojos del caballero estaban húmedos y tenían una expresión tal de tristeza, que Beatriz no pudo soportarla y cayó de hinojos, diciendo:

»—No, amigo mío, no, ni una palabra de ese secreto que debe costarte tan caro. Olvida lo que te he pedido, y si no dejas nombre á nuestros hijos, éstos serán tan valerosos como su padre y se conquistarán uno.

»—Escucha, Beatriz, respondió el caballero, todo lo ha previsto el Señor, y pues el Señor ha permitido que tú me preguntases lo que me has

preguntado, es señal de que ha llegado mi hora. He pasado nueve años junto á tí, nueve años de una dicha superior á la que puede gozarse en la tierra; es más de lo que nunca hombre alguno ha obtenido. Da gracias á Dios como yo se las doy, y escucha lo que voy á decirte.

»—No, ni una palabra, por favor te lo ruego, exclamó Beatriz.

»El caballero tendió la mano hacia el punto que, hacía algunos minutos, iba resaltando con creciente claridad, y Beatriz conoció la barca conducida por el cisne.

»—Ya lo ves, ha llegado la hora, profirió el caballero; escucha pues lo que por tan dilatado espacio de tiempo has anhelado íntimamente saber, y que debo comunicártelo desde el momento que me lo has preguntado.

»Beatriz rompió en sollozos y escondió la cabeza en las rodillas del caballero, que la miró con inefable expresión de tristeza y de amor, puso las manos en sus hombros, y dijo:

»—Soy el compañero de armas de tu padre, Roberto de Cléveris, y amigo de tu tío Godofredo de Bouillón; soy el conde Rodolfo de Alost, muerto en el sitio de Jerusalén.

»Beatriz lanzó una voz, levantó su pálida frente, y fijó en el caballero una mirada llena de espanto. Quiso hablar, y no acertó á proferir más que sonidos inarticulados, como los que se nos escapan durante un sueño.

»—Sí, lo que digo es inaudito, prosiguió el caballero; pero acuérdate de que sucumbí en la tierra de los milagros. El Señor hizo por mí lo que hiciera por la hija de Jairo y el hermano de Magdalena.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Beatriz levantándose, lo que estás diciendo es imposible.

»—Teniate por mujer de más fe, Beatriz, repuso el caballero.

»—¿Tú eres Rodolfo de Alost? murmuró la princesa.

»—Sí; como sabes, Godofredo me dejó á mí y á sus dos hermanos el mando del ejército para venir en busca de tu padre. A su regreso, estaba Godofredo tan maravillado de tu hermosura, que durante todo el camino habló de tí. Si Godofredo te amaba á tí como á una hija, á mí me amaba cual á un hijo; así es que desde el instante en que volvió á verte, sólo pensó en casarnos. Yo tenía entonces veinte años y el alma virgen como la de una doncella. El retrato que de tí me hizo Godofredo me inflamó el corazón, y no tardé en amarte con tanto ardimiento como si te hubiese conocido desde mi infancia. Mira si estábamos de acuerdo en todo, que Godofredo no me dió en adelante más que el título de sobrino. Muerto tu padre, le lloré como si hubiese sido el mío, y él, al morir, me echó su bendición y me ratificó su consentimiento. Desde entonces te miré como mía; tu recuerdo, desconocido pero sin cesar presente, floreció en medio de mis pensamientos, y asocié tu nombre á todas mis oraciones. Llegamos ante Jerusalén, y en vano le dimos tres asaltos, el último de los cuales duró sesenta horas. O debíamos renunciar para siempre á la ciudad santa ó conquistarla esta vez. Ordenado por Godofredo un postrer ataque, nos pusimos ambos al frente de una columna, arrimamos á la muralla dos escalas, subimos á la par, y ya levantaba yo el brazo para cogerme á una almena, cuando ví brillar la moharra de una lanza, y un dolor agudo, un estremecimiento helado conmovió todo mi cuerpo. Entonces susurré tu nombre, y caí de espaldas sin ya sentir ni ver cosa alguna; estaba

muerto. No conservo idea alguna del tiempo que pasé abismado en aquel sueño sin visiones á que apellidan la muerte. Por fin, un día, parecióme que en uno de mis hombros sentía el peso de una mano, y vagamente díme á entender que había llegado el día de Josafat. Un dedo tocó mis párpados, abrí los ojos, y ví que estaba tendido en una sepultura cuya losa se mantenía en alto por sí sola; ante mí, en pie, estaba un hombre en quien conocí á Godofredo, por más que llevase un manto de púrpura sobre los hombros, una corona en la cabeza y le rodease una auréola la frente. Godofredo se inclinó hasta mí, me sopló en la boca, y sentí como en mi pecho entraba nuevamente la vida y el sentimiento. Sin embargo parecióme estar todavía agarrado al sepulcro como con férreos garfios. Intenté hablar, y mis labios se movieron sin dar paso á ningún sonido.

»—Despiértate, Rodolfo, el Señor lo permite, dijo Godofredo. Escucha lo que voy á decirte.

»Entonces hice un esfuerzo sobrehumano en el que reuní todas las fuerzas nacientes de mi nueva vida, y pronuncié tu nombre.

»—De ella vengo á hablarte, me dijo Godofredo.

»—¿Qué! interrumpió Beatriz, ¿también estaba muerto Godofredo?

»—También, respondió Rodolfo. Ahí lo que había sucedido. Godofredo murió envenenado, y antes de morir pidió que su cuerpo descansara junto al mío. Así lo hicieron, enterrándole con su real vestidura, pero Dios había añadido una auréola á su manto de púrpura y á su diadema. Godofredo me contó esto, acaecido después de mi muerte, y que yo, por lo tanto, no podía saber.

»—¿Y Beatriz? le pregunté.

»—Voy á hablarte de ella, me respondió. Yo,

»como tú, dormía en mi sepultura aguardando la hora del juicio final, cuando parecióme que poco á poco iba despertándome de un sueño profundo y recobraba el sentimiento y la vida. El primer sentido que se despertó en mí fué el del oído; creí oír el són de una campanilla, són que se hacía más claro á compás que iba recobrándome. No cabía duda, aquel sonido era el de la campanilla que dí á Beatriz. Al mismo tiempo se me refrescó la memoria y recordé la propiedad milagrosa del rosario de Pedro el Ermitaño. Beatriz corría peligro, y el Señor había permitido que el són de la campanilla sagrada penetrase en mi tumba y me despertase hasta en los brazos de la muerte. Abrí los ojos, y me hallé entre tinieblas. Entonces se apoderó de mí un temor espantoso: como no tenía conciencia del tiempo transcurrido, díme á entender que me habían enterrado vivo; pero al instante embalsamó mi sepultura puro olor de incienso. Oí cánticos celestiales, dos ángeles levantaron la losa de mi tumba, y ví á Nuestro Señor Jesucristo sentado junto á su santísima Madre, en un trono de nubes. Intenté prosternarme, y no pude moverme. Con todo eso, sentí que se desataban los lazos que trababan mi lengua, y exclamé:

»—¡Señor! ¡Señor! bendito y alabado sea vuestro santísimo nombre.

»Jesús abrió á su vez la boca, y sus palabras llegaron á mí suaves como un cántico.

»—Godofredo, mi noble y piadoso servidor, ¿no oyes nada? me dijo el Salvador.

»—¡Ay! Señor mi Dios, respondí, oigo el són de la campanilla santa, que me anuncia que aquella que perdió á su padre peleando por Vos, aquella cuyo prometido y cuyo tío murieron por

»Vos, está en este momento en peligro y sólo
»cuenta con Vos.

»—¿Qué puedo hacer por tí? me preguntó nues-
»tro Señor. Soy el Dios remunerador: pide y te
»será concedido lo que de mí solicitares.

»—¡Oh Dios mío! respondí, para mí nada tengo
»que pedir, pues habéis hecho por mí más que
»por mortal alguno. Me elegisteis para dirigir la
»cruzada y libertar la ciudad santa; me disteis la
»corona de oro allí donde Vos la llevasteis de espi-
»nas, y me habéis concedido morir en vuestra gra-
»cia. Nada pues tengo que pedir para mí, ¡oh
»mi Redentor! sobre todo ahora que con mis ojos
»mortales he contemplado vuestra divinidad. Pero
»si me atreviese á suplicaros en pro de otro...

»—¿No te he dicho que te será concedido lo que
»de mí solicitares? ¿Después de haber dado fe á mi
»palabra durante tu vida, vas á dudar de ella des-
»pués de tu muerte?

»—Pues bien, mi Dios, le respondí, vos que
»leéis en lo más íntimo del corazón de los hombres,
»sabéis con qué pesar morí; durante cuatro años
»alimenté una esperanza dulcísima: la de unir aquel
»á quien quiero como á hermano á aquella á quien
»amo como á hija, y á los cuales ha separado la
»muerte. Rodolfo de Alost murió por vuestra santa
»causa. Haced que viva cuanto vivir debía, Señor,
»y permitidme que vaya en auxilio de su prometida,
»á quien en este instante amaga un gran peligro
»si he de dar crédito al sonido incesante de la cam-
»panilla, lo cual prueba que aquélla no deja de
»orar ni un instante.

»—Hágase según tú deseas, dijo el Redentor;
»levántese Rodolfo de Alost y vaya en auxilio de
»su prometida. Le doy de vida todo el tiempo que
»tarde su esposa en preguntarle quién es, de dón-

»de viene y quién lo envía. Estas tres preguntas
»serán la señal que le dará á conocer que le llamo
»á mí.

»—¡Señor! ¡Señor! exclamé por segunda vez,
»bendito y alabado sea vuestro santo nombre.

»Apenas hube pronunciado estas palabras, cuan-
»do entre el cielo y yo se interpuso una nube, y
»todo desapareció.

»Entonces me levanté de mi sepulcro y me vine
»al tuyo, y puse mi mano en tu hombro para des-
»pertarte de la muerte, y te toqué con el dedo los
»párpados para abrirte los ojos, y te soplé en la
»boca para devolvete la vida y la palabra. ¡Le-
»vántate, Rodolfo de Alost! Nuestro Señor Jesu-
»cristo quiere que vayas en auxilio de Beatriz, y te
»quedes junto á ella hasta el día que te pregunte
»quién eres, de dónde vienes y quién te ha en-
»viado.»

»No bien Godofredo hubo cesado de hablar,
sentí romperse las ataduras que me sujetaban al
sepulcro, levantéme tan lleno de vida como antes
de recibir la herida mortal, y como me habían en-
terrado con mi coraza, me hallé armado, excepto
mi espada, que me escapara de las manos al yo
caer, y que probablemente no pudieron encon-
trar.

»Entonces Godofredo me ciñó su propia espada,
que era de oro, me puso al cuello el cuerno de que
él acostumbraba servirse en la batalla, así como
en mi dedo el anillo que le regalara el emperador
Alejo, y me abrazó y me dijo:

»—Hermano, Dios me llama á sí; coloca otra
»vez sobre mí la losa de mi sepulcro, y vuela sin
»dilación en auxilio de Beatriz.

»Dijo, y volvió á tenderse en su tumba, cerró
»los ojos y susurró por segunda vez:

»—¡Señor! ¡Señor! bendito y alabado sea vuestro santo nombre.»

»Yo me incliné hasta él para darle otro beso; pero estaba yerto y ya dormía en el Señor.

»Dejé caer sobre él la losa levantada por el dedo divino, fui á arrodillarme al pie del altar, oré, y, sin perder instante, resolví volar en tu auxilio. Bajo el pórtico de la iglesia encontré un caballo enjaezado y una lanza arrimada á la pared, y empuñé la lanza y monté á caballo. Entonces, seguro de que Dios había confiado al instinto del noble bruto el cuidado de conducirme, eché sobre el cuello de éste las riendas y dejé que tomara el camino que mejor le pareciera.

»Atravesé la Siria, Capadocia, Turquía, Tracia, Dalmacia, Italia y Alemania, y, tras un año y un día de viaje, llegué á la margen del Rhin, donde encontré una barca á la que estaba unido con cadenas de oro un cisne. Entré en la barca y me condujo frente á este castillo. Lo demás ya lo sabes, Beatriz.

»—¡Ay! exclamó la princesa, ahí el cisne y la barca que abordan en el mismo sitio donde entonces abordaron; pero ahora, infeliz de mí, vienen para llevásete. ¡Oh Rodolfo, Rodolfo, perdónamel

»—¿Perdonarte de qué? dijo Rodolfo besando á Beatriz. Ha transcurrido el tiempo y Dios me llama; nada más. Rindámosle gracias por los nueve años de dicha que nos ha concedido, y pidámosle que nos otorgue igual felicidad en la gloria.

»Rodolfo llamó entonces á sus tres hijos, que estaban jugando en la pradera y acudieron inmediatamente, y besó á Roberto, que era el mayor, y le dió su escudo y su espada y le nombró su sucesor; luego besó al segundo, á Godofredo, y le dió su cuerno y el condado de Luén, y por último besó

á Rodolfo el menor, y le dió el anillo y el condado de Messe. Luego, abrazado que hubo por vez postrera á Beatriz, le ordenó que no se moviera del lugar donde estaba, recomendó á sus tres hijos que consolasen á su madre, á quien ellos veían llorar sin comprender la causa, y, bajando al patio, en el que encontró su caballo ya ensillado, atravesó la pradera, volviendo á cada paso el rostro, entró en la barca, que tomó en seguida el camino por donde viniera, y á no tardar desapareció entre la sombra nocturna que empezaba á envolver la tierra.

»Desde aquel momento hasta el de su muerte, la princesa Beatriz salió todos los días al balcón; pero nunca jamás vió reaparecer la barca, al cisne, ni al caballero.»

—Y yo he venido para rogar á Rodolfo de Alost, continuó Elena, que pida á Dios haga por mí un milagro igual al que, en su misericordia, se dignó hacer por la princesa Beatriz.

—Así sea, repuso Otón sonriéndose.

X

El de Ravenstein cumplió su promesa. Al salir el sol, los del castillo vieron en la pradera que entre éste y el río se extendía, flamear el pendón del conde en el ápice de su tienda, en la puerta de la cual había colgado un escudo, en cuyo centro brillaban las armas de aquél, que eran de gules con un león rampante sobre un peña de plata. De hora en hora salía de la tienda un trompetero, y volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, renovaba el reto.

Así transcurrió el día, sin que persona alguna respondiese al llamamiento del conde de Ravenstein; y es que, como va dicho, los amigos, aliados y parientes del príncipe Adolfo de Cléveris habían recibido excesivamente tarde el aviso, ó estaban ocupados por su propia cuenta ó por la del emperador; por manera que ninguno había comparecido. El anciano guerrero se paseaba con ademán cuidadoso por las murallas, Elena oraba en la capilla de la princesa Beatriz, y Otón apostaba con quien quisiese tener la apuesta, que clavaría una tras otra tres flechas en el león rampante del conde de Ra-

venstein. En cuanto á Hermann, había desaparecido sin que nadie supiese porqué, y sin que á la lista de la mañana ninguno hubiese respondido en su nombre.

Al cerrar la noche, la situación respectiva de sitiados y sitiadores era la misma. Elena no se atrevía á mirar á su padre; y es que ahora veía todas las consecuencias de su repentina é inesperada negativa, y á cada instante temía que el anciano príncipe le preguntase el porqué de ella.

Amaneció el nuevo día, tan triste y amenazador como la víspera, y volvió el trompetero de Ravenstein á conmover los aires con el són de su trompeta. El anciano príncipe subía de hora en hora á las murallas, y se volvía, como la trompeta, hacia los cuatro puntos cardinales, mientras en su mente se decía que en su juventud no habría pasado una cosa parecida sin que ya se hubiesen presentado diez campeones para defender una causa tan sagrada como la suya. Elena no salía de la capilla de la princesa Beatriz; Otón hacía contraste con la inquietud general por su calma y su indolencia, y Hermann continuaba ausente.

La noche trascurrió en medio de la mayor turbación y desasosiego, para dar paso al nuevo día, que era el último. Al siguiente debía empezar el asalto, y centenares de hombres iban á pagar con sus vidas el capricho de una doncella. Así es que cuando el horizonte se tiñó con los primeros rayos de luz, Elena, que había pasado toda la noche llorando y orando en la capilla, estaba resuelta á sacrificarse para poner término al conflicto.

Atravesó pues la doncella el patio en busca de su padre, que según le dijeron se encontraba en la sala de armas, cuando supo que á la lista de la mañana tampoco había comparecido Otón, á quien

suponían todos ausente del castillo, como Hermann. Esta nueva fué el golpe de gracia para Elena, el que dió en tierra con su resistencia. El abandono del príncipe por Otón, la fuga de éste cuando la ayuda de todos y particularmente la de un hombre tan diestro como él era tan necesaria para la defensa del castillo, fué para la princesa un golpe terrible é inesperado que había de ejercer rápido y decisivo influjo en su determinación.

Elena halló á su padre que estaba armándose. El anciano guerrero había evocado sus juveniles años, y, lleno de confianza en Dios, esperaba que éste le daría la fuerza que en sus mocedades. Adolfo de Cléveris estaba pues decidido á luchar cuerpo á cuerpo con el conde de Ravenstein.

La doncella, que á la primera mirada comprendió cuántas desventuras podía acarrear semejante resolución, cayó á los pies de su padre y le dijo que estaba pronta á casar con el conde; pero su voz era tan dolorida y sus lágrimas tan abundantes, que el anciano príncipe vió claramente que más le valía morir que no vivir y ver á su única hija esclava eterna de un dolor como el que en aquel instante la agobiaba.

En el momento en que el príncipe levantaba á Elena y la estrechaba contra su corazón, oyóse el reto que de hora en hora hacía publicar el conde de Ravenstein, y padre é hija se estremecieron á una como heridos por el mismo golpe. A aquel rumor marcial siguió un silencio de muerte; pero ahora el silencio fué corto; el sonido de un cuerno siguió al de la trompeta. El príncipe y Elena estremeciéronse otra vez, pero de gozo. Les llegaba un defensor.

Padre é hija subieron al balcón de la princesa Beatriz para ver de qué lado les llegaba el inesp-

rado socorro, y fácil les fué verlo, pues todos tenían los brazos y los ojos dirigidos á un mismo punto. Un jinete armado de punta en blanco y con la visera calada, descendía el Rhin en una barca en compañía de un escudero armado como él. En la proa de la barca había un caballo de batalla, cubierto de hierro como su amo, y con sus relinchos respondía á los dos marciales llamamientos que acababa de oír. A compás que el caballero iba avanzando, se distinguían más claramente sus armas, que eran de gules con un cisne de plata. Elena no salía de su sorpresa. ¿Había Rodolfo de Alost oído sus oraciones, y un defensor sobrenatural renovaba para ella el milagro que Dios hiciera en pro de la princesa Beatriz?

Como quiera que ello fuese, es lo cierto que la barca continuó avanzando en medio del asombro de todos, y por fin atracó en el mismo sitio en que dos siglos y medio antes atracara la del conde Rodolfo de Alost. El caballero incógnito saltó en la orilla, tiró de su caballo, se subió sobre la silla, y, mientras su escudero se quedaba en la barca, fué á saludar al príncipe Adolfo y á la princesa Elena. Luego se encaminó en derechura á la tienda del conde de Ravenstein, y tocó su escudo con la moharra de su lanza, lo cual era señal de que lo desafiaba á muerte. El escudero del conde de Ravenstein salió inmediatamente y miró cuáles eran las armas del incógnito caballero. Este traía una lanza en la mano, ceñía espada, y llevaba un hacha colgada del arzón de su silla; además, ostentaba al cuello un puñalito á que daban el nombre de puñal de misericordia. Concluido el examen, el escudero se volvió á la tienda. En cuanto al caballero, después de haber saludado por segunda vez á aquellos á quienes venía á socorrer, tomó el campo que le

era menester, y, deteniéndose á unos cien pasos de la tienda, aguardó á su adversario.

El conde, que ni de día ni de noche se quitaba su armadura, no se hizo esperar más tiempo que el indispensable para ponerse el casco. Salió pues á poco el de Ravenstein de su tienda, y se subió sobre su caballo con ardor que probaba cuán grande era su deseo de no retardar un instante el duelo que venía á ofrecerle por manera tan inesperada el caballero del cisne de plata. Con todo eso, por mucha que fuese su priesa, lanzó una mirada á su adversario para ver si por algún signo heráldico podía conocer con quién tenía que habérselas. El caballero llevaba en la cimera de su casco, por toda señal distintiva, una pequeña corona de oro cuyos florones imitaban pámpanas; lo cual indicaba que era príncipe ó hijo de príncipe.

Entonces reinó un instante de silencio, durante el cual cada uno de los dos campeones preparó sus armas, mientras los espectadores hacían un rápido examen de cada uno de ellos.

El conde de Ravenstein, de treinta y cuatro á treinta y cinco años de edad, es decir en lo más viril de la vida, montado marcialmente en su caballo de batalla era el tipo de la fuerza física. Echábase de ver que para arrancarle de sus estribos era menester un esfuerzo igual que para desarraigar una encina, y que el leñador que quisiese dar cima á su tarea había de tener formidables puños.

Lo contrario sucedía con el caballero incógnito. A juzgar por sus movimientos, apenas salía de la adolescencia; su armadura, por más que estaba muy bien cerrada, tenía la flexibilidad de la piel de la serpiente: sentíase, por decirlo así, circular bajo aquel hierro elástico sangre joven: y, vencedor ó

vencido, comprendíase que había de atacar ó defenderse con recursos diferentes de los que la naturaleza pusiera á disposición del conde de Ravenstein.

Sonó la trompeta del conde, respondió á ella el cuerno del caballero incógnito, y el príncipe Adolfo de Cléveris, que desde su balcón dominaba el sitio del combate como un juez del campo, arrebatado por los recuerdos de su juventud, gritó con voz potente:

—¡Soltar las riendas!

Al punto los dos adversarios arremetieron uno contra otro y se juntaron casi en el centro de la distancia que escogieran. La lanza del conde resbaló sobre el borde del escudo del caballero, y fué á quebrarse contra la tarja que éste llevaba suspendida al cuello, mientras que la lanza del caballero dió en la cimera del casco de su adversario, rompió las correas que lo sujetaban bajo la barbilla, y, arrebatándolo de la frente del conde, dejó á éste con la cabeza al aire y desarmada; al mismo instante, algunas gotas de sangre que rodaron por el rostro del de Ravenstein indicaron que la mojarra de la lanza le había rozado el cráneo al arrancarle su casco.

El caballero del cisne de plata se detuvo para dar al conde tiempo de tomar otro casco y otra lanza, indicando con esto que no quería aprovecharse de aquella primera ventaja y que estaba pronto á anudar el duelo con probabilidades iguales.

Comprendió el conde la cortesía de su adversario y no se decidió sin vacilar á aprovecharse de ella. Con todo eso, como el caballero del cisne le había demostrado en aquel primer encuentro que no era para desdeñado, el de Ravenstein arrojó lejos de sí la ya inútil asta, tomó de manos de su

escudero un nuevo casco, y, apartando con el brazo la lanza que aquél le ofrecía, tiró de su espada, indicando que prefería continuar el combate á esta arma. El caballero imitó inmediatamente á su adversario, y, arrojando á su vez su lanza y desvainando, saludó en señal de que estaba presto.

Sonaron por segunda vez las trompetas, y los dos adversarios se abalanzaron uno á otro.

A los primeros golpes, los espectadores vieron que no se habían engañado en sus previsiones: uno de los combatientes contaba con sus fuerzas, el otro con su destreza. Cada uno de ellos obraba pues en consecuencia, queremos decir que el conde tiraba tajos, y el caballero estocadas; que el primero, á lo que iba era á descalabrar la armadura de su adversario, y el segundo, á meter la punta de su espada por alguna de las junturas de la de su enemigo.

La lucha era terrible; el conde de Ravenstein, golpeaba á dos manos como un leñador, y á cada golpe arrancaba tasquiles de hierro; el cisne de plata había desaparecido por completo, el escudo iba cayendo á pedazos, y la corona de oro estaba rota; por su parte, el incógnito caballero había buscado todas las vías por las cuales podía deslizarse la muerte hasta el corazón de su adversario; y de la gorguera de su casco y de los espaldares de su coraza manaban sobre la armadura del conde algunas gotas de sangre demostrativas de que la punta de la espada del caballero del cisne había penetrado por cada una de las aberturas que se le ofrecieran. De continuar de aquella manera, el fin del duelo sólo era cuestión de tiempo. ¿Resistiría la armadura del caballero incógnito hasta el momento en que el conde de Ravenstein perdería sus fuerzas por las dos ó tres heridas que al parecer

ya había recibido? Ahí lo que todos se preguntaban al ver la táctica adoptada por cada uno de los combatientes. Por fin un postrer tajo del conde de Ravenstein destrozó por completo la cimera del casco del caballero, que quedó con la parte superior de la cabeza casi desarmada. Desde aquel momento, todas las probabilidades quedaron, al parecer, del lado del conde.

El príncipe y Elena pasaron un instante de angustia terrible; pero su temor no fué de larga duración: el joven campeón comprendió que era menester mudar de táctica, y cesó de atacar para no ocuparse más que en parar. Entonces los espectadores presenciaron una justa maravillosa; el caballero del cisne de plata se paró, inmóvil como una estatua: sólo su brazo y su espada parecían vivientes; desde entonces el conde encontró siempre al quite la espada de su adversario, de quien no pudo tocar una vez más su armadura. El de Ravenstein era peritísimo en el ejercicio de las armas; pero todos los recursos de éstas parecían ser del dominio del caballero del cisne. Las dos hojas se seguían cual si un imán las hubiese atraído mutuamente: eran dos rayos que se cruzaban, dos lenguas de serpiente que se buscaban.

Sin embargo una lucha semejante no podía durar; las heridas del conde, por leves que fuesen, manaban sangre que corría hasta la gualdrapa de su caballo; la sangre se acumulaba en el casco, y, de tiempo en tiempo, el conde se veía obligado á resoplar por las rendijas de su visera.

Ravenstein sintió que sus fuerzas empezaban á menguar y que se le turbaba la vista; ahora comprendía demasiado claramente la destreza de su adversario para confiar en su espada. Así pues tomó una resolución suprema, arrojó con una mano el

arma inútil, y con la otra arrancó vivamente el hacha que pendía del arzón de su silla. El caballero hizo otro tanto con precisión y presteza que tenían algo de mágicas, y los dos adversarios se encontraron prestos á un nuevo combate, que ahora no podía menos de ser decisivo.

Pero no bien hubieron descargado los primeros golpes, los dos campeones advirtieron con extrañeza que las cosas habían cambiado de faz: ahora era el conde quien se mantenía á la defensiva, y el caballero del cisne de plata el que atacaba, y eso con tal ímpetu y rapidez, que era imposible seguir con los ojos la corta y maciza arma que llamaba en sus manos. Por breve espacio el conde se mostró digno de su nombre y de su fama; pero al fin llegó tarde á una parada, y el hacha de su adversario cayó sobre su casco, rompió la cimera y la corona de conde, y aunque el arma no penetró hasta el cráneo, hizo el efecto de una maza. El conde, aturdido, agobió la cabeza hasta el cuello del caballo, al que se agarró con ambas manos, buscando instintivamente un apoyo; luego dejó caer su hacha, se tambaleó, y dió consigo en tierra sin que su adversario hubiese tenido necesidad de descargar un nuevo golpe.

Los escuderos del conde corrieron en auxilio de su amo, le quitaron el casco, y vieron que aquél arrojaba sangre por nariz y oído y estaba desmayado. Trasladáronle pues á su tienda, y al desarmarlo observaron que, además de las heridas de la cabeza, tenía otras cinco en distintas partes del cuerpo.

En cuanto al caballero del cisne de plata, volvió á colgar del arzón de su silla su hacha, envainó su espada, empuñó otra vez su lanza, se adelantó hasta el pie del balcón de la condesa Beatriz, saludó

al príncipe Adolfo y á su hija, y, cuando todos creían que iba á entrar en el castillo, se encaminó á la orilla, se apeó, y entró en su barca, que sin demora remontó el río llevándose al misterioso vencedor.

Dos horas después, el conde, recobrada la razón, dió orden de levantar el campo y tomar la vuelta de Ravenstein.

Por la tarde llegó al castillo el conde Carlos de Homburgo con unos veinte hombres de armas. Venía en socorro del príncipe Adolfo de Cléveris, que, como hemos dicho, había enviado mensajes á cuantos amigos y aliados tenía en las cercanías.

El socorro del conde de Homburgo era ya inútil, mas no por eso dejó de ser generosamente acogido y dignamente festejado el anciano guerrero.

XI

Mientras se desenvolvían en Cléveris los acontecimientos que acabamos de narrar, el landgrave Luis, sin más compañía que la de su antiguo amigo el conde Carlos de Homburgo, pasaba los días en el castillo de Godesberga llorando á Emma, que se negaba á volver á su lado, y á Otón, á quien tenía por muerto. En vano se esforzaba el conde en reanimarle la esperanza diciéndole que su mujer lo perdonaría y que su hijo indudablemente se había escapado á nado; el pobre landgrave no quería dar crédito á tales palabras, y decía que pues él había condenado sin misericordia, sin misericordia estaba él condenado á su vez. Tan violento estado no podía durar; pero á él siguió una melancolía profunda, y el landgrave se encerró en las más retiradas habitaciones del castillo de Godesberga, sin querer admitir á otro que al conde Carlos de Homburgo, y aun, pues pasaban días enteros sin que el conde lograra ver á su amigo. El buen Carlos no sabía qué hacer: ora resolvía ir por Emma al convento de Nonenwerth, y desistía temeroso de que una nueva negativa redoblase la aflicción del esposo,